

Los cuadros del Anatomista

Un joven médico a la caza de un enigmático criminal

Capítulo

3

* * *

El servicio de Urgencias estaba ubicado en el sótano. La configuración orográfica del terreno donde se asentaba el hospital permitía que la planta principal, con su vestíbulo enmoquetado, estuviese a nivel de la calle, pero existía una suave pendiente que hacía que el sótano también tuviese una salida posterior, donde estaba la sala de Urgencias. Aquello era otro mundo. Toda la elegancia y suntuosidad de la planta superior desaparecía y por aquella puerta posterior entraban los casos más desgarradores de la patología humana, cuyos protagonistas acostumbraban a ser gente pobre, de color, con unos problemas que no eran sólo de salud, sino también sociales.

Nada más entrar en el que iba a ser su destino en los próximos meses, el sensible olfato de Ken percibió el olor característico de aquel lugar, en el que se entremezclaban el limpio aroma del desinfectante con la fetidez de una humanidad desaseada, hacinada y, en ocasiones, supurosa.

—Bienvenido, doctor Philbin—. La supervisora fue a su encuentro con una amplia sonrisa y le estampó un beso en cada mejilla. —Le hemos echado mucho de menos.

—Gracias, miss Mullins. Me temo que me van a ver tanto por aquí en los próximos meses que van a quedar hartos de mí.

—Doctor Philbin, buenos cirujanos como usted es lo que necesitamos. Seguro que estaremos encantados de que esté con nosotros. Venga, que le presentaré a los que van a trabajar con usted.

—Hola, Ken —le saludó Michael Rosenberg—. Me alegro de verte. Te recuerdo de cuando éramos internos. Seguro que vamos a necesitar tu experiencia en Vietnam para mejorar esta casa de locos.

—Gracias, Mike —respondió Ken. Le gustaba Rosenberg. Le había demostrado en épocas pasadas que era un médico absolutamente preocupado por el bienestar de sus enfermos—. ¿Está por aquí el interno de cirugía? —preguntó.

—Sí, está aquí dentro suturando una herida. Es un tipo muy especial. No sé dónde las ha adquirido, pero tiene muchas tablas.

—Sí, eso he oído. A veces estos graduados extranjeros engañan. Son mejores de lo que parecen.

La puerta de una de las salas de curas se abrió y apareció Claudio Simone.

—Claudio, ven aquí. Te voy a presentar a tu nuevo jefe —dijo Rosenberg.

—¿Cómo está usted, doctor Philbin?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—El doctor Nichols ha llamado y ha comunicado que se incorporaría usted a Urgencias hoy mismo.

«Nichols no pierde el tiempo», pensó Ken.

—Además —continuó Claudio—, el doctor Ahmad ha bajado hace un rato y ha preguntado cómo era que usted aún no estaba trabajando.

A Ken se le atravesaron los *pancakes*. El doctor Ahmad ya le estaba buscando las cosquillas. Aquel individuo era una de las razones por las que Ken estuvo a punto de no aceptar la oferta del Washington Memorial Hospital.

—Bueno, estaba resolviendo algunos asuntos burocráticos, pero ahora mismo me cambio y empezaremos a trabajar. Estoy seguro de que nos llevaremos muy bien —contestó cortésmente.

El día transcurrió sin casos dignos de mención. Heridas contusas, alguna fractura, dolores abdominales que podían haber sido apendicitis pero no lo fueron, y varios traumatismos en borrachos que eran atendidos antes de recibir una lección moralizante, tan contundente como estéril, por parte de miss Mullins.

A las ocho de la tarde, justo antes de terminar el turno, apareció una ambulancia portando una chica joven. Los camilleros la depositaron sobre una mesa de exploración y dijeron que la habían encontrado en la calle, inconsciente, y que podría tratarse de una sobredosis.

Claudio y Ken examinaron a la recién llegada, que apenas respiraba. Las pupilas estaban contraídas, puntiformes, como dos cabezas de alfiler. Un examen rápido les confirmó que la chica era una yonqui. Tanto los brazos como las piernas presentaban unos endurecimientos en el trayecto de las venas, que estaban totalmente trombosadas. Era evidente que hacía tiempo que la chica se pinchaba.

Claudio intentó ponerle un gota a gota sin conseguirlo. No podía encontrar una vena permeable. Finalmente Ken pudo colocarle el suero en una vena del tobillo.

—Naloxona —ordenó Ken. Sabía que este antídoto de los opiáceos podía revertir el cuádró y hacer que la paciente recuperase la conciencia. Si no, habría que aplicarle respiración asistida—. Hay que tener mucho cuidado con la naloxona —dijo Ken dirigiéndose a Claudio, que lo miró interesado.

—¿Es peligrosa? —preguntó éste.

—Más que peligrosa es engañosa. El resultado suele ser espectacular y revierte los comas por sobredosis, pero como tiene una vida media más corta que la heroína, ésta puede volver a actuar cuando ha pasado el efecto de la naloxona. Por esto es muy frecuente que haya que repetir la dosis.

Miss Mullins trajo la medicación y al ver a la chica exclamó:

—Pero... ¡si es Connie!

—¿La conoce? —preguntó Ken.

—Claro, y usted también. Es Connie Mackintosh. Hizo sus estudios de enfermera aquí.

Ken no la recordaba. Le inyectó la medicación y se dispuso a esperar los resultados.

—Estoy segura de que es Connie —mascullaba miss Mullins— ¿Dónde está su bolso?

Los camilleros de la ambulancia lo habían dejado en la recepción. Miss Mullins se hizo con él y lo abrió, dispuesta a demostrar a todo el mundo que no se había equivocado. Buscó una cartera con el permiso de conducir pero no la encontró. En el bolso había un paquetito, envuelto con papel fino. Miss Mullins lo abrió sospechando que podía contener droga.

Un grito horrible atronó todos los rincones del servicio de Urgencias. Todos se dirigieron hacia el punto de donde había partido. Allí encontraron a miss Mullins mirando con horror el contenido del paquetito. Era una oreja humana.

Capítulo 4

—Doctor Philbin, el doctor Nichols quiere que suba usted a su despacho —la voz de Maggie por teléfono sonaba apremiante.

Ken subió al segundo piso y al entrar en el despacho del jefe de cirugía se encontró con que no estaba solo.

—Ken, te presento al teniente Lyons, del departamento de policía.

—¿Qué tal, teniente? Soy el doctor Philbin.

—Ken —prosiguió Nichols—, el teniente está aquí por dos motivos. El primero es para coordinar contigo el programa de asistencia *in situ* del que te hablé ayer. Hemos pensado que un coche de la policía te recogerá en la puerta de Urgencias cuando se requiera la presencia de un médico en el lugar de un accidente o crimen. El primer coche que llegue al lugar valorará si se necesita un médico inmediatamente y, en caso de que sea así, llamará a otro coche para que te recoja. De esta forma se ganarán unos minutos preciosos. —Ken se encogió de hombros. No estaba demasiado entusiasmado con el trabajo que querían asignarle—. Además, el teniente está aquí por el asunto de la oreja cortada que apareció ayer en Urgencias.

—Sí, menudo show... Nunca había visto a miss Mullins tan alterada —comentó Ken.

—No sé si estás al corriente de que la noche anterior había fallecido un hombre en Urgencias. —Ken lo miró sin comprender qué quería decirle—. A este hombre le habían cortado una oreja.

Ken no sabía nada. Claudio Simone no se lo había comentado.

—¿Y cree que hay relación entre ambos casos?

—Doctor Philbin —intervino el teniente—, no cabe duda de que los casos están relacionados.

—¿Y de qué murió? -preguntó Ken.

—Se había bebido una botella de Drano -contestó Nichols—, ya sabe un desatascante de tuberías granulado cuya composición es sosa cáustica.

—Ayer le hicieron la autopsia —dijo el teniente—. El forense me explicó que tenía todo el esófago y el estómago comidos por la sosa cáustica. Sus pulmones estaban hemorrágicos puesto que, según él, parte del producto le había entrado por la tráquea.

—¿Y saben quién era? —reguntó Ken.

—Sabemos su nombre. Se llamaba Jacob Jones y al parecer era un camello. Por eso queremos hablar con la joven que entró ayer aquí con una sobredosis y en cuyo bolso apareció la oreja. Él era un camello y ella es una yonqui. No es muy difícil establecer una relación.

—Por cierto, Ken, ¿cómo está Connie? —preguntó Nichols.

—Está mejor. Respondió muy bien a la naloxona, aunque hubo que darle tres dosis. Se debió de meter una buena cantidad de heroína en el cuerpo. La he visto esta mañana y aunque está todavía muy dormida, se encuentra fuera de peligro.

—¿Cree que puedo hablar con ella? —dijo el teniente.

—Creo que, si no la atosiga, podrá contestar a algunas preguntas.

Ken le hizo una señal con la cabeza y dejaron la oficina del doctor Nichols para dirigirse a Urgencias. Mientras bajaban la escalera, el teniente comentó:

—Primero me gustaría hablar con la enfermera que encontró la oreja.

—Miss Mullins.

—Sí, miss Mullins. He oído decir que conocía a la chica.

—Ella le explicará su historia.

El caso de Connie Mackintosh era patético, pero no por ello infrecuente. Era el típico viaje desde una posición envidiable en la vida a los mismísimos infiernos de la drogadicción. Había llegado a Washington para estudiar Enfermería en el Memorial Hospital. Era bajita pero muy guapa. Rubia, con ojos azules y una simpatía que traía de cabeza a cuantos internos y residentes se cruzaban en su camino. Acabó su carrera con las mejores notas y entró a trabajar en el mismo hospital, justo cuando Ken se fue a Vietnam. Con un buen sueldo en el bolsillo, Connie empezó a frecuentar amistades peligrosas. Encontró al hombre inadecuado en el momento inadecuado. Fue enganchada a la heroína por la misma persona que decía amarla. Tras dos escándalos relativos a la desaparición de drogas del armario en que se guardaban bajo llave y que ella debía controlar, fue despedida de su trabajo. Sin dinero para procurarse su dosis diaria optó por la salida más fácil, la prostitución. Hacía trabajitos aquí y allá por el barrio, con la única finalidad de financiarse su adicción. La sobredosis de la noche anterior no era la primera. Miss Mullins, con quien trabajó durante unos meses, la veía como a una hija descarriada aunque era consciente de que no podía hacer nada por ella.

—Connie está desnutrida, necesita ayuda psiquiátrica y entrar en un programa de deshabituación, tratamientos con metadona, asistencia social para encontrarle un trabajo y un domicilio estables... —finalizó su relato miss Mullins.

—¿Dónde está ahora? —inquirió el teniente.

—En un box de observación, esperando una cama en la cuarta planta para ingresarla.

—Hola, Connie. Soy el doctor Philbin y éste es el teniente Lyons.

Conme abrió los ojos.

—Le recuerdo, doctor Philbin. Está usted muy guapo.

—El teniente quiere hacerte unas preguntas —prosigió Ken—, y creo que ya estás en condiciones de contestarle.

Connie se puso a la defensiva.

—No he cometido ningún delito, ¿qué quiere usted de mí? —preguntó, dirigiéndose a Lyons.

—Connie —dijo el teniente—, no estoy aquí para detenerte por prostitución, sino porque necesitamos tu ayuda. Ayer encontramos una oreja en tu bolso.

¿Sabes a quién pertenece o cómo llegó hasta allí?

—¿Una oreja? —exclamó aterrorizada.

—Sí. Una oreja humana. Y el día anterior llegó a Urgencias un hombre moribundo al que le habían cortado una oreja. Seguro que es la que encontraron en tu bolso.

—No tengo ni idea ni de quién era la oreja ni de cómo llegó hasta mi bolso.

—El hombre murió al poco de llegar al hospital. Se llamaba Jacob Jones. ¿Lo conocías?

Connie se derrumbó.

—Era un camello. Mi camello.

—¿Era quien te vendió la dosis que te inyectaste ayer noche?

—No. Ayer no se la compré a él. No le encontré.

—¿Y quién te la vendió?

Connie dudó antes de contestar.

—Mi novio —dijo finalmente.

«Hijo de puta», pensó Ken. «No sólo la engancha a la droga sino que encima se la vende. ¿Cómo se puede ser tan miserable?»

—¿Y cuánto le pagaste? Seguro que te vendió una buena dosis.

—Cincuenta dólares. Ayer tuve un día de suerte.

—Ah, sí? Cuéntamelo.

—A eso de las seis de la tarde se me acercó un individuo en un coche. Me dijo que me pagaría cincuenta dólares si le hacía una mamada.

—Y tú aceptaste, me imagino.

—Claro, por cincuenta dólares me podía tener toda la noche, pero él insistió en que sólo quería una mamada. Así que me metí en el coche, le hice la mamada, me pagó y me bajé.

—¿Qué tipo de coche era?

—No sé. Uno muy vulgar. Quizá un Corvair. Lo único que sé es que no era muy grande. Estaba muy incómoda mientras le hacía el trabajito.

—¿De qué color era? Quiero decir eñ coche.

—Oscuro. Azul o verde oscuro.

—¿Cómo era el individuo?

—Apenas lo vi...

—Vamos, Connie, no me vengas con cuentos —le espetó el teniente.

—En serio. No bajó del coche. Fuimos a un lugar muy oscuro. No sé si era alto o era bajo. Yo diría que de estatura media. Raza blanca, esto sí que lo sé.

—Y luego, ¿qué pasó?

—Nada. Ya se lo he dicho. Cuando acabé, me pagó y me fui.

—¿Adónde?

—A buscar a Jacob. Con cincuenta dólares podía conseguir una dosis de lujo. Pero no le encontré. Así que Ralph me la vendió.

—¿Ralph?

—Sí, Ralph Strong, mi novio. Debíó de venderme una heroína mucho mejor que la que me vende Jacob y por eso sufrí una sobredosis. Por cierto, no quiero que él sepa que estoy aquí.

—¿Le tienes miedo? —intervino Ken.

Connie dudó antes de contestar.

—Sí. He llegado al punto en el que el temor supera al amor.

Ken sintió una pena inmensa por aquella desgraciada. ¿Cómo podía alguien estropear su vida de tal forma?

—Connie —prosiguió Ken—. Ayer tuve muchas dificultades para encontrarte una vena. ¿Dónde te estás pinchando últimamente?

—En la lengua. Nunca falla.

El plexo venoso de la lengua, pensó Ken. Estos drogadictos conocen todos los trucos.

El teniente decidió que ya no podía obtener más información de Connie, así que salieron y se reunieron en una pequeña salita. Allí, en un rincón, estaba Claudio.

—Bien —comenzó a especular el teniente—. Tenemos un individuo, camello de profesión, que se bebe una botella de Drano y cuando llega al hospital le falta una oreja. Al día siguiente, una prostituta a la que el camello vendía droga regularmente ingresa con una sobredosis. Y en su bolso aparece una oreja. A falta de lo que diga el forense, debemos suponer que es la que le cortaron al camello. La chica estuvo en un coche con un desconocido, que le pudo meter la oreja en el bolso. Pero ¿por qué? ¿Cómo llegó la oreja a manos del desconocido? ¿Quién se la cortó al suicida?

—Si es que fue un suicidio... —dejó caer Claudio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el teniente.

—Yo presencié la muerte de ese hombre. Fue una agonía horrible. La gente no se suicida así. Se corta las venas, se chuta una sobredosis o se tira por la ventana de un quinto piso, pero nadie puede tragarse una botella de Drano entera voluntariamente. Apenas en contacto con las mucosas, la sosa comienza a hervir y el dolor es insoportable. En casos de accidente doméstico, cuando un niño bebe de la botella, se traga tan sólo unos gránulos. Aun así, las quemaduras en la boca y en el esófago son terribles.

—Tiene razón —dijo Ken.

El teniente replanteó la situación.

—Alguien, por la fuerza, le hace beber el granulado al camello y le corta la oreja. Luego, se la mete en el bolso a una prostituta. El homicida tiene que ser la persona a quien Connie hizo la mamada.

—Van Gogh —dijo Claudio.

—¿Quién? —preguntaron al unísono Ken y el teniente.

—¿No han oído hablar de un pintor llamado Vincent Van Gogh, que se volvió loco y que en un arrebato se cortó una oreja y se la envió a una prostituta?

Ken y el teniente se miraron el uno al otro preguntándose si aquel chico les estaba hablando en serio o en broma.